

Datos de suma importancia serán también los que se refieren al contenido salino de las aguas donde las recolecciones se efectúen, esto es, la cantidad y la calidad de las sales que estas aguas lleven en solución, y el tenor en pH de las mismas aguas.



## CEMENTERIO INDIGENA DE "LA VIÑITA"

Por el

**Dr. Roberto GAJARDO TOBAR**

Con John Houston, gracias a las facilidades dadas por nuestros amigos Hernández, pudimos explorar arqueológicamente varios potreros de su fundo "La Viñita", situado a un kilómetro de Paihuano, junto al estero de "La Quebrada", más o menos a mil cien metros sobre el nivel del mar.

En uno de estos potreros hemos encontrado un cementerio diaguita con una veintena de tumbas. El terreno irregular, se inclina ondulado hacia el torrente, alargándose de Oriente a Poniente. La parte del Este aparece monticular, como invadida por tierras que en otras épocas alguna avenida depositara allí, y el resto, verdegueante de alfalfa, lo serpentea un arroyo. Sobre la superficie de este campo, intensamente cultivado desde muchísimos años, entre el pasto y en las márgenes del arroyuelo, observamos gran cantidad de trozos de greda pintada, partes de cántaros muy destruídos, tal vez largo tiempo ha. El material y los colores son diaguitas típicos, y pensamos que ha debido ser un gran cementerio y que en su destrucción han podido actuar los aluviones, frecuentes en la zona, y el trabajo agrícola.

Uno a uno van apareciendo los sepulcros, a profundidad variable entre cuarenta centímetros y dos metros, siendo los más profundos los de la parte oriental del potrero. Hay sepulturas de adultos y de niños. Las primeras en piedra "laja", las otras "en greda". Sus formas alargadas, más anchas de un extremo que de otro, nos permiten anotar dos metros de largo por sesenta y treinta centímetros de ancho.

Las piedras usadas en su mayoría han sido preparadas especialmente para su fin y aparecen como anchas lozas, pero también las hay de forma natural y en muchos casos se ha echado mano de piedras de moler.

Los sepulcros, que tenemos ante nuestra vista, presentan el piso de tierra y todos sus costados de piedra. Ninguno encontramos cubierto por laja. ¿Desapareció con los trabajos agrícolas o nunca existió? El fondo es de un ripio grueso y lo demás tierra vegetal.

En cada sepultura hallamos los restos de un cadáver, tendido de espaldas, con la cabeza dirigida hacia el Oriente y junto a ella un número variable de artefactos de greda, de piedra o de metal.

En algunas partes encontramos un sepulcro bajo el otro y no en la misma dirección, sino un tanto inclinado hacia el Norte.

Bajo un sol abrasador, en la quietud del mediodía suena a eternidad cada palada de tierra. Un barretazo y otro más y el milenio que nos separa de estos indios parece esfumarse y surgen ante nuestra vista sus osamentas amarilla, despojos humanos tan delicados que se deshacen al tocarlos, y cerca de ellos los tiestos y las provisiones con que sus familiares les acondicionaron para hacer el viaje sin fin...

Cráneos braquicéfalos, de paredes relativamente delgadas, pero bien desarrollados, sólo por excepción presentan deformaciones del tipo tabular erecta de Imbelloni, y sus esqueletos de talla respetable, nos hablan de tiempos de holgura en la alimentación y de atletismo forzoso.

La dentadura aparece intacta en la mayoría de los casos, antes gastada que con caries. Nos sabe a rareza el hallazgo de piezas dentarias cariadas en los maxilares de un individuo muerto en su juventud.

Alteraciones óseas que denoten afecciones crónicas de las que repercuten en el esqueleto no hemos visto ninguna. Así aventurado sería decir por el aspecto de la osamenta de un indiecito fallecido antes de la veintena, la fragilidad de sus elementos, lo esponjoso de las trabéculas juxtaepifisarias de sus huesos largos y caries molares, que hubiera sufrido de alguna enfermedad de tipo bacilar.

No comprobamos fracturas consolidadas a causa de la mala conservación de los restos óseos.

Entre las tumbas de adultos encontramos cinco osamentas de niños, las que a juzgar por los gruesos trozos de greda sin pintar que les cubren, debieron haber estado, cada uno, dentro de una ollaza.

Si bien es cierto que los siglos han casi pulverizado los restos humanos, en cambio sus obras perduran, y con respetuosa admiración examinamos el medio centenar de vasijas de barro cocido, de espléndida factura, hermosas líneas y pin-

turas maravillosas que hemos extraído intactas de los sepulcros. De tamaño muy variable, desde enormes ollazas hasta pequeños cantaritos, también presentan distinta su factura y su forma. Hay una escala gradual que va desde la tosca y gruesa tinaja hasta olluelas finísimas.

A parte del tamaño y de la factura, caracteres de interés; sobresalen las formas y el decorado, elementos típicos de esta cerámica prodigiosa de los diaguitas.

El mayor número de los tiestos es de ceremonial, muy decorado, y los menos sin pinturas, de uso doméstico.

Entre los últimos vemos platos simples de poca hondura; vasijas de fondo plano o ligeramente convexo y paredes verticales; ollas; tiestos semiesféricos; jarros globulares de cuello ancho y alargado, y jarros asimétricos de forma de zapatilla.

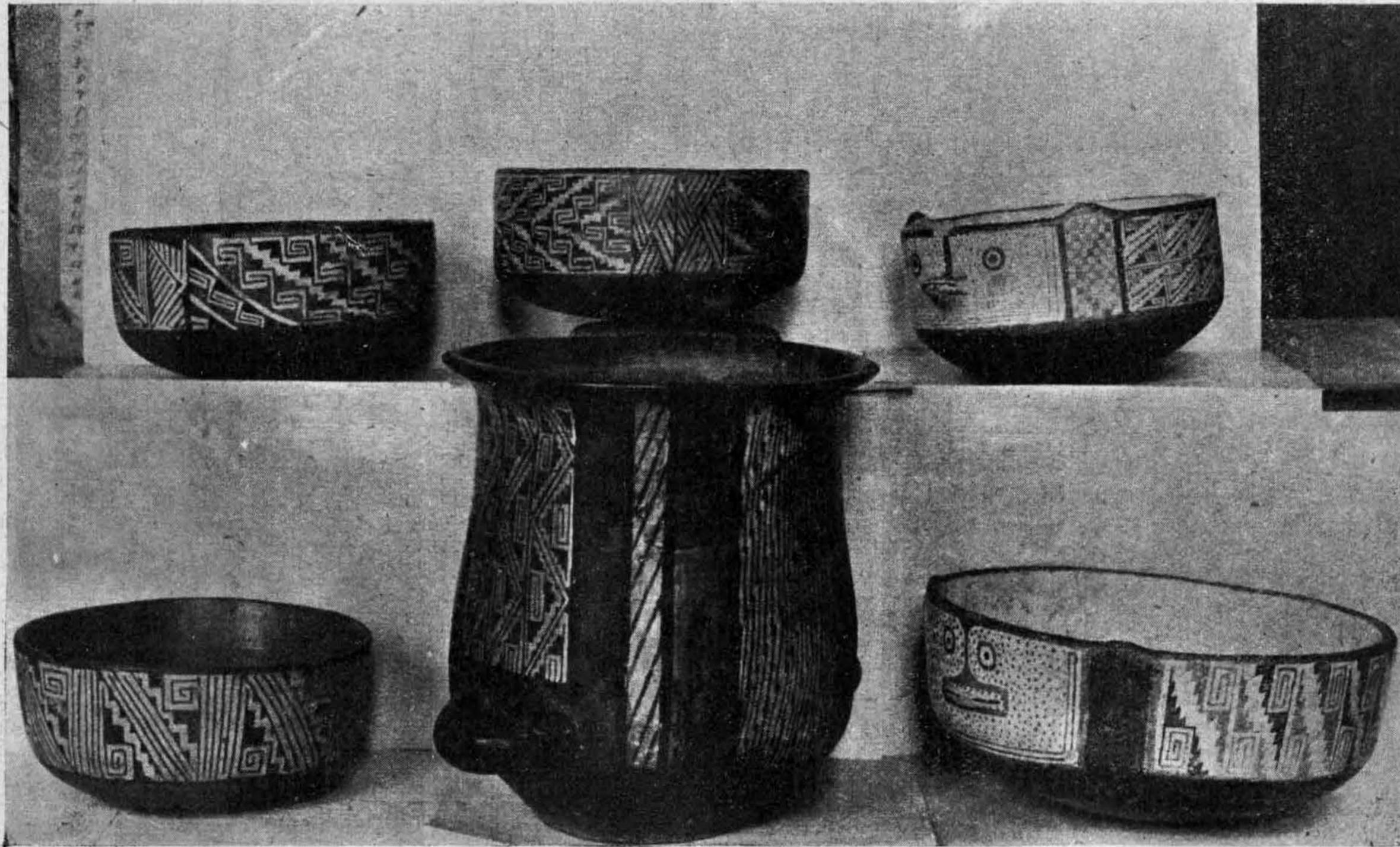
Algunos son sin asa, otros llévanla uniendo el borde del cuello al vientre del vaso, o bien tiéненlas pegadas en el tercio más bajo y en la parte más ancha del cántaro, en posición horizontal.

Entre aquellas de cierto parecido a zapatilla, las hay con figuras humanas en relieve, caras en las que los ojos y la boca están señalados por hendiduras cuyos bordes sobresalen y con la nariz y las orejas eminentes. Fisonomías algunas con marcado tipo oriental. En muchos el hoilín certifica el uso.

Los elementos de greda decorada son típicos diaguitas. Sus formas, como en los anteriores, podemos agruparlas en: Platos o fuentes de fondo plano en el centro y ligeramente convexo en la periferia y de paredes inclinadas hacia afuera en toda su extensión, de paredes verticales, y en su parte superior un tanto echadas hacia afuera, de paredes convexas como medias cañas; platos o fuentes de fondo convexo de paredes elegantemente inclinadas hacia afuera, de paredes verticales; vasijas de fondo plano, vientre globular y cuello alargado de borde suavemente vuelto hacia afuera; grandes vasos de fondo plano, vientre globular, cuello ancho, de bordes vueltos hacia afuera y de asas horizontales en la parte más ancha del vientre; jarros cónicos, de base plana y asa vertical; tiestos semiesféricos; jarros muy parecidos a un pato; jarros semejantes a un mate, etc.

Comprobamos que los motivos de la decoración son relativamente pocos, pero las combinaciones admirables les hacen aparecer como incontables.

En general la greda, fina, está enlucida o teñida de rojo o blanco y encima se han hecho las pinturas en blanco, negro y rojo. Sólo en pocos tiestos vemos el amarillo, el morado y el plumbagíneo.



Cerámica diaguita.—(Foto Dr. Schwenn).

Entre las vasijas pintadas aparecen dos tipos: unas de greda más gruesa, campanuliformes y con grandes dibujos rectilíneos, muy sencillos, decorando tanto las superficies exteriores como las interiores en rojo, crema, morado y plom-bagíneo, extraídas de las tumbas más profundas, más antiguas, y las otras de dibujos pequeños en armoniosas combinaciones. Latcham ha llamado a las primeras diaguitas puras (arcaicas) y a las segundas chincha-diaguitas.

Los elementos de decoración que hemos observado son: Grecas, cuadritos, líneas en z, meandros, ganchitos, líneas dentadas, triángulos, líneas rectas, líneas escaleriformes, círculos y cruces, y en algunos casos figuras humanas, de mamíferos o de aves.

Especialmente notable es un jarro funerario diminuto de tipo pato que en vez de una cabeza de ave presenta una figura humana desde cuyos ojos caen lágrimas. (¿La Deidad Plañidera de la Civilización Chaco Santiaguense de Wagner?).

Del interior de las vasijas extraemos los restos de los alimentos que casi mil años atrás depositaran allí los vivos para nutrir a los muertos y en la lista, que crece, anotamos: Conchas de moluscos marinos, maxilares de guanacos, huesos de aves, semillas de plantas de entre las que están reconocibles los chañares, espinas y huesos de pescado, siendo estos últimos los alimentos preferidos porque los hemos encontrado tanto en los cementerios de la costa como en los de la montaña.

En el ajuar funerario aparecen objetos de piedra, no muy numerosos en este cementerio, pero frecuentes en los de la costa: Puntas de flechas, puntas de lanzas, puntas de dardos y fragmentos de tales. Nos llama especialmente la atención la pequeñez de las pocas puntas de flechas que encontramos, seguramente destinadas a caza de aves, número y tamaño bien diverso de las de los sepulcros costinos. Aquellos primitivos señores del valle debieron haber sido belicosos como todos los demás indígenas de la época y por eso suponemos que sus armas si no aparecían en las tumbas, debe haber sido porque no acostumbraban a ponerlas en el ajuar funerario y no por carecer de ellas.

El material usado parece ágata, cuarzo, sílex y calcedonia en formas muy variables y elegantes.

A los objetos citados debemos agregar un trozo de flauta de piedra blanca, un collar de piedras verdes y adornos de piedra azul.

Finalmente anotamos artículos de hueso, de concha y de metal: Amuletos, punzones, husos y torteras de hueso; tor-

terras de conchas de moluscos; agujas, adornos y aretes de cobre.

Al ponerse el sol las vasijas de greda parecen encenderse, aquí desparramadas ante nuestra vista. Los matices se avivan y la belleza de estos tiestos milenarios se agiganta. ¡El pasado y el presente se han unido por un instante! ¿Soñaría el ceramista diaguita que muchos siglos después de sepultada su obra prodigiosa de belleza y de gracia habría de resucitar?

PAIHUANO, 15 de Abril de 1940.

